

como nos lo presenta el Evangelio, lo cual equivale a “*ser santo*”. Una santidad que se refleja en la de Jesús y, entre otras cosas, se hace visible en su comunicación vivaz con Dios-Padre, con sus discípulos y con las personas que encuentra, una comunicación generadora de vida para cuantos se abren a su mensaje.

Vida

Al Sagrado Corazón de Jesús (n. 3 de la Coronita)

«Jesús Maestro, te doy gracias y bendigo tu bondadoso corazón por el don sublime de la Iglesia. Ella es la madre que nos enseña la verdad, que nos guía por el camino de la salvación y nos comunica la vida sobrenatural. Ella, tu cuerpo místico, continúa tu misma misión en el mundo. Es el arca de la salvación, infalible, indefectible y universal. Concédeme la gracia de amarla como tú la amas al santificarla con tu sangre. Que todos la conozcan, que entren a formar parte de ella y cooperen humildemente en la construcción de tu reino».

Sión, madre de todos los pueblos (Sal 87)

- ² Él la ha cimentado sobre el monte santo:
y el Señor prefiere las puertas de Sión
a todas las moradas de Jacob.
- ³ ¡Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios!
- ⁴ «Contaré a Egipto y a Babilonia
entre mis fieles;
filisteos, tirios y etíopes
han nacido allí».
- ⁵ Se dirá de Sión: «Uno por uno
todos han nacido en ella:
el Altísimo en persona la ha fundado».
- ⁶ El Señor escribirá en el registro de los pueblos:
«Este ha nacido allí».
- ⁷ Y cantarán mientras danzan:
«Todas mis fuentes están en ti».



“SOMOS UN SOLO CUERPO EN CRISTO”

La comunidad que estamos construyendo entre nosotros no puede basarse sólo en relaciones humanas, en cierta similitud de objetivos, en ventajas de grupo o en simpatías "de partido". La verdadera comunidad religiosa es un privilegio y el esfuerzo en construir el Cuerpo de Cristo creando su imagen creíble a los ojos del mundo. Comunidad, unidad, servicio..., todo animado por el amor fraterno, es nuestro modo de edificar la Iglesia y hacer avanzar su misión en el mundo.

Verdad

■ A la escucha de la Palabra del apóstol Pablo

La unidad de la comunidad en la riqueza de la diversidad de sus miembros es posible gracias a la acción de Dios. Jesucristo, que está en el centro de la comunidad, es su aglutinante, la fuente de la fuerza vivificadora y de la fertilidad apostólica.

De la Carta a los Efesios (4,1-7.11-16)

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. [...]

Él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor.

■ ■ A la escucha de la palabra del Magisterio

Las profundas divisiones, provocadas por el egoísmo de los individuos y de las sociedades, son fuente de sufrimiento para muchas personas. En el carisma de la vida religiosa, Dios ha inscrito la "espiritualidad de comunión", que constituye una respuesta concreta al déficit de auténtica unidad en el mundo. Obviamente, antes de que llegue a ser una propuesta para los demás, debe practicarse en la vida cotidiana de nuestras comunidades religiosas.

De la Instrucción “Caminar desde Cristo” (n. 29)

«¿Qué es la espiritualidad de comunión? Con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II enseña: “Espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”. Y añade: “Espiritualidad de comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’...”. De este principio derivan con lógica apremiante algunas consecuencias en el modo de *sentir* y de *obrar*: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos; intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber “dar espacio” al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros. Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión.

La espiritualidad de comunión se presenta como clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio, tarea activa y ejemplar de la vida consagrada en todos los ámbitos. Es el camino maestro de un futuro de vida y de testimonio. La santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria».

■ ■ ■ A la escucha de la palabra del Fundador

Una de las fases de la construcción del Cuerpo de Cristo en la tierra está, para nosotros, en la correcta formación de las relaciones dentro de la Familia Paulina, que es como una comunidad parroquial en la Iglesia, según nos enseña el Fundador. La unidad de la familia se construye con el empeño cotidiano de todos sus miembros. Centro de este proceso es la identidad espiritual paulina, continuamente

animada y profundizada. No somos religiosos genéricos: tenemos nuestro carácter y color específicos.

De la obra “Ut perfectus sit homo Dei” (III, 187.188)

La unión de espíritu. Se trata de una parte substancial. La Familia tiene una sola espiritualidad: vivir integralmente el Evangelio; vivir en el divino Maestro en cuanto camino, verdad y vida; vivirlo como lo comprendió su discípulo san Pablo. Este espíritu forma el alma de la Familia Paulina. Aunque los miembros (constituidos por los Institutos unidos) sean diversos y actúen de forma variada, están unidos entre sí en Cristo y en el fin de la encarnación y de la redención: «Gloria a Dios, paz a los hombres».

[...] El Evangelio nos une a todos. Vivido integralmente equivale a espiritualidad cristiana, que es la única, la verdadera, la necesaria espiritualidad para todos. Hay ocupaciones diversas, pero un único espíritu. Amar al Señor con toda la mente, con todo el corazón, con todas las fuerzas y toda la voluntad. Amar al prójimo como a nosotros mismos. Con una doble función: alejar lo que es malo, el error, el vicio, el pecado, muerte del prójimo; llevar lo que es bueno: verdad, virtud y gracia.

Para realizar esto al máximo, debemos dejarlo todo para tomarlo todo. Asegurarnos el céntuplo y la vida eterna. «Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20): la mente de Jesús, el corazón de Jesús, la voluntad de Jesús.

Debemos ser miembros vivos y operativos del Cuerpo místico de Jesucristo. «Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os aliviaré» (Mt 11,28); «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16,15).

Camino

El principal reto y deber de los paulinos es hacerse personas de comunicación capaces de ser artesanos de la "cultura del encuentro", entendiendo la comunicación en sentido amplio, sin olvidar aplicarla también a nuestro trato con Dios y con nosotros mismos. Comunicar la vida con los otros significa ante todo crear un fuerte vínculo con la Fuente de la vida. ¿Somos personas de comunicación?

De la carta del Superior general: “Una Congregación sinodal” al servicio del Evangelio en la cultura della comunicación» (2020)

Jesús mismo como “camino” deviene un estilo de vida que sus discípulos deben asimilar. En esta óptica, el P. Alberione diría que ser discípulo es *establecerse* en Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida; es *conformarse* a él; es *vivir* de Jesucristo